

## Biografía intelectual del “Nietzsche colombiano”

### *Democracia y nihilismo. Vida y obra de Nicolás Gómez Dávila*

J. MIGUEL SERRANO

RUIZ-CALDERÓN

Ediciones Universidad de Navarra (Eunsa), colección Astrolabio, Pamplona, 2015, 296 págs.

DE ANTEMANO cabe resaltar la importancia de este libro sobre un autor colombiano todavía demasiado desconocido en Colombia o en Europa, aunque empiezan a desarrollarse algunos estudios académicos. Existen muy pocos trabajos publicados sobre Nicolás Gómez Dávila aparte del de Till Kinzel recientemente reeditado en Alemania (*Nicolás Gómez Dávila Parteigänger verlorener Sachen*, Lepanto Verlag, 2015), la corta e incompleta biografía de Camilo Noguera Pardo (*Biografía intelectual de Nicolás Gómez Dávila*, Universidad Sergio Arboleda, 2012) y la parte un tanto sibilina que Efrén Giraldo dedicó al filósofo bogotano en su libro sobre el ensayo colombiano (*La poética del esbozo. Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila*, Universidad de los Andes, 2014).

Que un profesor de la altura de José Miguel Serrano Ruiz-Calderón, catedrático de filosofía del derecho en la Universidad Complutense de Madrid, se interese y publique este trabajo es, en sí, un evento en el mundo académico *gomezdaviliano* e hispanoamericano –si dejamos de lado la excelente monografía de Alfredo Abad Torres (*Pensar lo implícito: en torno a Gómez Dávila*) que desafortunadamente y extrañamente no ha sido publicada como tal–. Podemos incluso decir que es una primicia en lengua castellana. Una primicia porque además de todas sus cualidades especulativas y de su proyecto de mostrar el vínculo estrecho entre vida y obra –una “obra de toda una vida” [pág. 67]–, esta monografía por primera vez restablece algunos errores sobre los datos biográficos escasos y por lo tanto a veces falsos o fantasiosos que rodean la vida de Nicolás Gómez Dávila. Hay

una leyenda alrededor del “Nietzsche colombiano” (Quevedo) en los círculos *gomezdavilianos*. Ruiz-Calderón no se deja engañar por ésta, comenzando por su lugar de nacimiento.

Nos aclara que si bien nació Nicolás Gómez Dávila el 18 de mayo de 1913, no fue en Cajicá como muchos lo relataron, sino en la carrera 8ª con calle 16 donde hoy en día se encuentra la librería Torre de Babel. Luego, como ya se sabía, la familia se trasladó a París en la década de 1920, dato que no se le ha dado la importancia que merece en la formación intelectual del joven Nicolás –salvo Mauricio Galindo Hurtado en su artículo “Un pensador aristocrático en los Andes. Una mirada al pensamiento de Nicolás Gómez Dávila”, *Historia Crítica*, núm. 19, 1999, y Franco Volpi en su prefacio a los escolios completos, *El solitario de Dios*, Villegas Editores, 2005–. Allá se quedaría hasta su regreso a Bogotá en 1936 probablemente, puesto que al año siguiente se casaría con Emilia Nieto Ramos, con la cual tendría tres hijos, Rosa Emilia, Nicolás y Juan Ignacio. Este “periodo francés”, por llamarlo así, no es para nada anecdótico en la vida de un joven colombiano, mucho menos cuando acontece entre los 7 y 23 o 24 años, mucho menos en esta época de entreguerras. Por esta razón, Ruiz-Calderón acierta, aunque suene paradójico, calificando al pensador bogotano de “autor francés en el extrañamiento” [pág. 44] o de “autor reaccionario francés” [pág. 55], a pesar de que él mismo se describía como un colombiano a la antigua: “Canónigo obscurantista del viejo capítulo metropolitano de Santa Fe, agria beata bogotana, rudo hacendado sabanero, somos de la misma ralea. Con mis actuales compatriotas solo comparto pasaporte” (*Nuevos escolios*, II).

De hecho, la única patria de Gómez Dávila, como él mismo lo ha escrito, era la inteligencia y, podríamos agregar sin lugar a duda, su biblioteca. Esta biblioteca, como lo menciona el autor de esta monografía de manera muy pertinente, que fue “el referente tanto de la obra como de la vida de Gómez Dávila. En cierta forma la biblioteca acabó siendo su vida e inundó su casa de estilo Tudor” [pág. 38] en la carrera 11 con calle 77 donde murió en 1994 entre sus 30.000 libros. Una biblioteca

que adquirió el Banco de la República en 2011, pero que desafortunadamente no permanece en una única “Sala Gómez Dávila” de la Luis Ángel Arango, lamenta con razón Ruiz-Calderón, sino dispersa sin mención especial a Gómez Dávila.

Acerca de la “leyenda” del accidente de polo que lo hubiera dejado cojo, su biógrafo español aclara que “no hay evidencia de que Nicolás Gómez Dávila practicase ese deporte” como lo hacía su hermano Ignacio. En cambio montaba a caballo en su finca de Canoas-Gómez, donde se habría caído mientras se cubría con la ruana para encender un tabaco. Versión más campestre y menos aristocrática del accidente que Ruiz-Calderón obtuvo de la boca de la hija del filósofo, Rosa Emilia, y corroborada por el novelista y ensayista alemán Martin Mosebach en el relato de su visita a Gómez Dávila publicado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 11 de diciembre de 1993.

No extraña que fuese este, Martin Mosebach, quien impulsó la primera traducción del colombiano, gracias a la labor del editor austriaco Peter Weiss (Karolinger Verlag), el único a la fecha en haber publicado toda la obra *gomezdaviliana* que tanto impacto tuvo entre algunos intelectuales alemanes, como Ernst Jünger entre los más destacados. A partir de esta publicación se difundió el pensamiento de Gómez Dávila en Europa. Cabe resaltar también el desempeño del profesor de filosofía de la Universidad de Padua, Franco Volpi, quien a su vez no solamente impulsó la traducción de los *Escolios* en Italia (Adelphi Edizioni), sino que incitó a la reedición de *Notas* y de los escolios completos en Colombia con la complicidad talentosa de Villegas Editores (*Obra completa*, 2005). Sin embargo, si bien el pensamiento de Gómez Dávila tuvo mucho más acogida dentro de los círculos intelectuales europeos –la mayoría de ellos conservadores–, decir que el autor de los *Escolios* “solo conoció un éxito póstumo ya que el escritor colombiano se cuidó de situarse fuera de los circuitos culturales dominantes de su época” [pág. 119] nos parece exagerado. Primero, porque las editoriales que publicaron sus *Escolios* han sido siempre del Estado colombiano (Instituto Colombiano de Cultura, Procultura, Instituto Caro y Cuervo); luego,

RESEÑAS		BIOGRAFÍA
<p>porque una mirada a las reseñas de la prensa “oficial” (periódicos, revistas) de la época da cuenta de su inserción en estos “circuitos culturales”. Ahora sí, queda la pregunta: ¿por qué, a pesar de estos apoyos, su obra no tuvo mayor reconocimiento durante su vida? ¿Por su “anacronismo intelectual” (Hernando Téllez, <i>El Tiempo</i>, 3 de agosto de 1960) tal vez en un periodo de marxismo imperante dentro de la intelectualidad europea y latinoamericana? Pero por fortuna estos tiempos han pasado y el pensamiento de Gómez Dávila, precisamente por su carácter “anacrónico” –intempestivo, para hablar como Nietzsche– sigue vigente. De hecho, hay que recordar, como él mismo lo confesó: “No pertenezco a un mundo que perece. Prolongo y transmito una verdad que no muere” (<i>Escolios a un texto implícito</i>, I).</p> <p>Acerca de la obra <i>gomezdaviliana</i>, otro punto en el cual acierta Ruiz-Calderón es en reconocer la importancia de su primer libro publicado en 1954, al parecer bajo la iniciativa de su hermano Ignacio. Si bien los <i>Escolios</i> son “la culminación, el <i>capo lavoro</i>” [pág. 71] de su obra, y <i>Textos</i>, publicado en 1959, resulta ser un intento “fallido del ensayo” [pág. 73], sin <i>Notas</i> –seguramente apuntes de juventud– “no se puede trabajar sobre el colombiano” [pág. 71]. “Los temas de <i>Notas</i>, prosigue Ruiz-Calderón de manera muy apropiada, son premonitorios de los que trata en <i>Escolios</i>, de forma que podemos decir que estos últimos son la última etapa de la obra de toda una vida”. De modo que “no es posible el conocimiento de Gómez Dávila sin acceder a <i>Notas</i>” [pág. 73]. De hecho, leemos en <i>Notas</i> el principio de este “proceso de sedimentación” que culminará años después en los <i>Escolios</i> dado que, como lo escribe el autor, “su obra en las formas valiosas que nos ha legado ha pasado por un proceso de decantación, en el tiempo y en el esfuerzo” [pág. 121]. No es casual que los primeros <i>Escolios</i> serán publicados en 1977, ¡teniendo el autor 64 años! Aquí también la vida y obra del autor están tan ligadas que, como lo señala muy bien Ruiz-Calderón, la primera resulta ser una expresión de la segunda: “El estilo es no solo una regla de escritura, sino también, y de manera muy determinante, una línea</p>	<p>de vida” [pág. 125].</p> <p>De ahí la importancia y la “centralidad” del escolio en la obra <i>gomezdaviliana</i>. En efecto, “el escolio, en cuanto es un comentario marginal a un texto, pretende una modestia de la que carecen otras formas de la escritura fragmentaria” [pág. 149]. Por lo tanto, esta modestia, no desprovista de ironía, sitúa al bogotano en la genealogía de los grandes autores de aforismos como Lichtenberg, Joubert, La Rochefoucauld, Nietzsche, y, más recientemente, Cioran. Sin embargo, la “originalidad” de este gran estilista que no pretende la originalidad reside en el misterioso “texto implícito” que supuestamente comentan los escolios<sup>1</sup>. Por lo tanto Ruiz-Calderón dedica un importante capítulo (el quinto) al examen de las varias hipótesis nacidas del “gran debate” [pág. 205] buscando saber cuál es este texto. Descarta de manera argumentada que sea “la religión democrática” (Pizano de Brigard), “el texto no redactado” (Volpi), el “conjunto de la tradición occidental” (Torres Duque) o sus “lecturas, sus pensamientos, sus conversaciones, lo que ve y escucha, en definitiva, su vida” (Gonzalo Muñoz) o, nada más ni menos, “Dios” mismo (Goenaga). También remite a nuestra propia hipótesis según la cual el “texto implícito” fuese un texto escondido “que no puede hacerse explícito precisamente por su extremada incorrección política” [pág. 210]. Tiene razón Ruiz-Calderón en apuntar que sería una posibilidad respecto a un académico francés, mas no en el caso de Gómez Dávila, que no tenía por qué esconder sus lecturas por motivos políticos o universitarios. Sino que obedece, según nuestro juicio, no tanto a una estrategia de ocultamiento política o ideológica sino filosófica y literaria, es decir irónica en el sentido que Leo Strauss ha dado a este método socrático y que hemos desarrollado en otras ocasiones<sup>2</sup>.</p> <p>La ironía socrática en la interpretación <i>straussiana</i> está vinculada con la existencia de un orden jerárquico natural entre los hombres y consiste en dirigirse de distinto modo a distintos tipos de personas. En este caso interviene el uso de la forma breve en Gómez Dávila que obedece no solamente a un propósito estilístico sino a un doble objetivo. Por un lado, la</p>	<p>“manera corta y elíptica” de escribir sirve como enseñanza “exotérica” para expresar una verdad directa que impacta al “vulgo”. Por otro lado, su estilo de “breve sugerencia” tiene que acercarse al tema de manera elíptica.</p> <p>De este modo, permite una lectura secundaria (“esotérica”) por parte del “sabio”, quien supone a quién o a qué se refiere el autor y, además, percibe las relaciones subyacentes entre las ideas hasta remontar a sus principios. Este lector “sabio” tiene que adivinar, reconstruir él mismo el hilo argumentativo. Recordemos que Gómez Dávila afirmaba que “el aforismo supone que autor y lector viven dentro de un mismo universo de discurso” (<i>Notas</i>).</p> <p>Esta hipótesis, a diferencia de las precedentes mencionadas pero que tampoco las invalida, no pretende dilucidar el contenido del texto implícito, es decir el <i>qué</i>, sino el <i>cómo</i>. En este sentido y de igual manera, Ruiz-Calderón comprueba nuestra suposición aludiendo a uno de estos textos “implícitos” con la crítica a la “religión democrática” a partir de su interpretación de Eric Voegelin sin que haga referencia explícita al autor. Entonces, si el colombiano “sigue las huellas del autor austriaco” [pág. 214] en este sentido, ¿por qué no nombrarlo tal vez como todo buen comentarista? El “gran debate” alrededor del texto implícito <i>gomezdaviliano</i> queda abierto. El libro de Ruiz-Calderón tiene el mérito inigualable de abrir otros caminos.</p> <p style="text-align: right;"><b>Michaël Rabier</b></p>